

Catecismo de la Iglesia Católica

JESÚS Y LA FE DE ISRAEL EN EL DIOS ÚNICO Y SALVADOR

587 Si la Ley y el Templo pudieron ser ocasión de 'contradicción' (cf. Lc 2, 34) entre Jesús y las autoridades religiosas de Israel, la razón está en que Jesús, para la redención de los pecados -obra divina por excelencia-, acepta ser verdadera piedra de escándalo para aquellas autoridades (cf. Lc 20, 17-18; Sal 118, 22).

588 Jesús escandalizó a los fariseos comiendo con los publicanos y los pecadores (cf. Lc 5, 30) tan familiarmente como con ellos mismos (cf. Lc 7, 36; 11, 37; 14, 1). Contra algunos de los 'que se tenían por justos y despreciaban a los demás' (Lc 18, 9; cf. Jn 7, 49; 9, 34), Jesús afirmó: 'No he venido a llamar a conversión a justos, sino a pecadores' (Lc 5, 32). Fue más lejos todavía al proclamar frente a los fariseos que, siendo el pecado una realidad universal (cf. Jn 8, 33-36), los que pretenden no tener necesidad de salvación se ciegan con respecto a sí mismos (cf. Jn 9, 40-41).

589 Jesús escandalizó sobre todo porque identificó su conducta misericordiosa hacia los pecadores con la actitud de Dios mismo con respecto a ellos (cf. Mt 9, 13; Os 6, 6). Llegó incluso a dejar entender que compartiendo la mesa con los pecadores (cf. Lc 15, 1-2), los admitía al banquete mesiánico (cf. Lc 15, 22-32). Pero es especialmente, al perdonar los pecados, cuando Jesús puso a las autoridades de Israel ante un dilema. Porque como ellas dicen, justamente asombradas, '¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios?' (Mc 2, 7). Al perdonar los pecados, o bien Jesús blasfema porque es un hombre que pretende hacerse igual a Dios (cf. Jn 5, 18; 10, 33) o bien dice verdad y su persona hace presente y revela el Nombre de Dios (cf. Jn 17, 6.26).

590 Sólo la Identidad divina de la persona de Jesús puede justificar una exigencia tan absoluta como ésta: 'El que no está conmigo está contra mí' (Mt 12, 30); lo mismo cuando dice que él es 'más que Jonás... más que Salomón' (Mt 12, 41-42), 'más que el Templo' (Mt 12, 6); cuando recuerda, refiriéndose a que David llama al Mesías su Señor (cf. Mt 12, 36-37), cuando afirma: 'Antes que naciese Abraham, Yo soy' (Jn 8, 58); e incluso: 'El Padre y yo somos una sola cosa' (Jn 10, 30).

591 Jesús pidió a las autoridades religiosas de Jerusalén creer en El en virtud de las obras de su Padre que el realizaba (Jn 10, 36-38). Pero tal acto de fe debía pasar por una misteriosa muerte a sí mismo para un nuevo 'nacimiento de lo alto' (Jn 3, 7) atraído por la gracia divina (cf. Jn 6, 44). Tal exigencia de conversión frente a un cumplimiento tan sorprendente de las promesas (cf. Is 53, 1) permite comprender el trágico desprecio del Sanedrín al estimar que Jesús merecía la muerte como blasfemo (cf. Mc 3, 6; Mt 26, 64-66). Sus miembros obraban así tanto por 'ignorancia' (cf. Lc 23, 34; Hch 3, 17-18) como por el 'endurecimiento' (Mc 3, 5; Rm 11, 25) de la 'incredulidad' (Rm

11, 20).